

## Martí y la cultura popular dominicana<sup>1</sup>

Pedro Pablo Rodríguez<sup>2</sup>

Desde su primera estancia en España, entre 1871 y 1874, deportado por sus ideas independentistas, José Martí puso de manifiesto en sus escritos su interés por los más diversos aspectos de la cultura popular, especialmente por las formas del habla, interés que se mantuvo hasta los momentos finales de su vida durante su paso por la República Dominicana y Haití, en 1895, mientras preparaba su viaje a Cuba insurrecta y durante su último recorrido por su patria, entre el 10 de abril y el 19 de mayo de 1895, cuando cayó frente a las tropas españolas en Dos Ríos.

No fue aquel solamente el interés motivado por la curiosidad del letrado ante el lenguaje oral de los iletrados y las personas de escaso nivel de instrucción. Es más que evidente en su propia obra escrita que el Apóstol empleó muchas palabras y formas expresivas tomadas del habla popular, y más de uno de sus

1. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Martí, Gómez y el antillanismo, de la VI Reunión del Consejo Mundial del Proyecto José Martí de la UNESCO, realizado en Santo Domingo, República Dominicana, del 23 al 25 de marzo de 2010, en la Biblioteca Pedro Mir de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. El evento contó con el coauspicio de la Academia Dominicana de la Historia, el Ministerio del Trabajo, la UASD y la Embajada de Cuba en el país.
2. Doctor en Ciencias Históricas, profesor universitario, investigador del Centro de Estudios Martianos, La Habana, en el que es director general de la Edición Crítica de las Obras Completas de José Martí que viene editando desde hace año, y autor de varias obras sobre el Apóstol cubano.



apuntes recogen numerosas palabras y frases escuchadas en los países que visitó, al igual que en sus propios textos no es raro encontrar apreciaciones acerca de formas elocutivas empleadas por los sectores populares como muestra de la identidad y la psicología de los varios pueblos en que vivió.

Esta preocupación martiana, por cierto, no se limitó a los países hispanohablantes sino que también con otras lenguas, sobre todo con el inglés y las maneras de hablarlo en los Estados Unidos, donde residiera por tantos años y cuyas capas populares e inmigrantes europeos, con quienes convivió en Nueva York y en Brooklyn, ganaron su afecto e interés. Tampoco recortó su mirada a atrapar el habla sino que en muchos casos recoge también costumbres, tradiciones y muy variadas formas de vida de lo que hoy llamamos la cultura popular, como los vestidos, las comidas y las fiestas.

Tales juicios permiten afirmar que en Martí hay una perspectiva, en la que quizás pueden haber influido conceptos de la entonces naciente Antropología y de los llamados estudios folklóricos, aunque está claro que él tuvo una óptica muy diferente dados sus reiterados juicios en defensa de la pluralidad de culturas e identidades, y de la valía y aportaciones a la humanidad de cada una de ellas.<sup>3</sup> Lo importante y singular en el Maestro es que su ética humanista y su permanente y sistemática toma de partido en todas las circunstancias al lado de los oprimidos, de los subordinados, de los excluidos, constituyen la clave metodológica que le permitió acercarse a las mentalidades y formas de vida de tales sectores populares

3. El primer acercamiento de cierta profundidad a este tema se halla en Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero, *Visión martiana de la cultura*. Camagüey, Editorial Acana, 2008.



sin prejuicios negativos y, sobre todo, comprendiendo que ellos eran los creadores y los portadores de esas culturas e identidades originales, sobre las cuales, en el caso de la región que llamó nuestra América, se debía construir su futuro de unidad y desarrollo propio.

Los diarios y apuntes de viaje martianos, al igual que sus crónicas de costumbres y de viajes, son fuente fundamental para apreciar y entender lo que venimos afirmando, cuya reiteración como procedimiento escritural indica no sólo la voluntad del autor sino que la cultura popular puede catalogarse como un tema dentro del conjunto de la obra martiana, que sólo muy recientemente comienza a ser aprehendido por sus estudiosos.

En el caso dominicano disponemos de un documento excepcional: dentro de sus dos *Diarios de campaña*, como le han nombrado los editores, llamado de Montecristi a Cabo Haitiano, constituido por las hojas manuscritas fechadas entre el 14 de febrero y el 8 de abril de 1895.

Sabemos por un manuscrito de su autor que todos esos materiales estaban destinados a “sus niñas”, Carmen y María Mantilla, dos jovencitas residentes en Nueva York, hijas de Carmen Miyares, por las que Martí profesó especial cariño. A ellas encargó el arreglo del primer *Diario*, aquellas notas apresuradas y dispersas acerca de sus recorridos por la República Dominicana y Haití, en los que seguramente evadió a plena conciencia cualquier referencia a la labor patriótica que motivó esas estancias por la isla hermana para evitar su conocimiento por el enemigo si acaso llegaban a sus manos.

Tal decisión, desde luego, favoreció que ese primer *Diario* sea prolijo en las descripciones de personas, lugares y hasta de conversaciones, por lo que de esas páginas emerge lo que podríamos llamar una mirada dominicana y otra haitiana.



Aunque, por otra parte, no puede desdeñarse que tales “miradas” a lo local obedeciesen a la habitual costumbre martiana de tomar notas durante sus viajes para que luego le sirvieran de base para escribir crónicas en la prensa.

Tal presunción en cuanto a que su destino final fuera la imprenta, parece afirmarse además por el cuidado puesto por Martí en la redacción de tales apuntes, sometidos a numerosas correcciones mediante tachaduras y cambios de palabras y frases completas.

Así procedió, probablemente, durante su segundo viaje a la República Dominicana, en septiembre de 1892, cuando llegó a la finca La Reforma para convidar a Máximo Gómez a entrar en el movimiento revolucionario. De otro modo resulta casi imposible explicarnos su detallada descripción de sus conversaciones con Gómez y su familia, de la finca del general y de los lugares porque atravesó en el escrito que publicara un año después, el 26 de agosto de 1893, en *Patria* bajo el título de “El general Gómez”. Es cierto que ambos se habían encontrado nuevamente ese año; pero fue solamente durante tres días, del 3 al 5 de junio de 1893, en Montecristi, mientras que en ese texto Martí narra su llegada a La Reforma, donde le esperaba el general, lo que sucedió en septiembre de 1892.

Allí menciona un baile en casa del gobernador de la provincia de Montecristi y detalla cómo a Gómez le ceden la silla de la derecha de la autoridad, le escogen al general “la dama de más gala” para la “danza de gala” de esa reunión, y describe

“la sala de baile, colgado el techo de rosas, y la sala henchida de señoriles parejas a cuyas ventanas se



apiñaba el gentío descalzo,” ante cuya vista el general le dijo: ‘Para estos trabajo yo’ ”.<sup>4</sup>

El cronista se le cuela en ese momento en el escrito al líder político que desea apuntalar para sus lectores la decisión de que fuese Gómez la cabeza militar de la revolución.

Pero volvamos al *Diario*, de 1895, de Montecristi a Cabo Haitiano. Allí aparecen las frases populares, expresión de las ideas de sus emisores, como él mismo dice en apunte fechado el 14 de febrero, y obviamente referido a sucesos de días anteriores: Dice Martí:

“La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera”.<sup>5</sup>

Obsérvese, pues, mediante la suma de adjetivos la hondura de su sintético análisis sobre la frase dominicana, y cómo, con indudable juicio positivo, la califica de una especie de filosofía natural. Y la segunda idea es esencial, ya que entrega su concepto acerca del lenguaje como forma de conocimiento y de transmisión cultural.

El apunte continúa presentando a la persona que ha motivado la reflexión previa y la anécdota que protagoniza. Se trata de un campesino, cuya habla es expresión de la identidad dominicana:

4. José Martí. *Obras Completas*, 27 tomos. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, tomo 4, p. 450.
5. José Martí. *Diarios de campaña*. Edición crítica, cotejada según originales, presentación y notas, p. 22. En esta edición, el texto va en las páginas pares que reproducen exactamente los contenidos de cada hoja manuscrita. La Habana, Instituto Martiano.



“Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país: —‘Si me traen (regalos, regalos de amigos y parientes a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado’. Y Martí aclara así el sentido de la frase: ‘Dar, es de hombre; y recibir, no. Se niegan, por fiereza, al placer de agradecer’”.<sup>6</sup>

Vale aclarar que cuando el campesino dice que le deprimen no debe entenderse que se refiere a un estado de ánimo, connotación que entonces no tenía el verbo deprimir, sino que alude a que los regalos le empuqueñecen, le rebajan moralmente. Es claro, por otro lado, que Martí no comparte semejante apreciación: llama “innecesaria y cruda” a esa manera de negarse al agradecimiento, sin embargo, todo un placer para él.

Continúa su narración, mostrando, sin embargo, la sencilla malicia que se desprende de la contradicción del campesino entre sus principios éticos y su provecho:

“Pero en el resto de la frase está la sabiduría del pueblo rural: —‘Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer’”.<sup>7</sup>

Luego es que sabemos que el campesino se llama Arturo,<sup>8</sup> y recoge Martí otra de sus simpáticas pero inteligentes ocurrencias, reveladora en este caso de su comprensión de las diferencias sociales:

“De Arturo es esta pregunta: —‘Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?’”.

6. José Martí. *Diarios de campaña...*, pp. 22-24.

7. *Ibidem*, p. 24.

8. Arturo Fondeur, según nota 4, p. 24 de esta edición.

El requiebro socarrón, ágil y lleno de gracia, que aúna sexo y alimento ante el paso de una mujer cuyo sensual andar describe con un singular neologismo, también es escrito por Martí:

“A la moza que pasa, desgoznada<sup>9</sup> la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro: —‘¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chicharrones!’ ”.<sup>10</sup>

El refrán como síntesis de juicios no escapa al cubano: “Cada peje en su agua” es lo que dice críticamente un campesino acomodado a su esposa que casó a la hija con un ciudadano de “letras inútiles”.<sup>11</sup>

Otra sentencia de sabor rural que recoge sale de la boca de Máximo Gómez: “El caballo se baña en su propio sudor.” Para Martí, ella es “toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él”.<sup>12</sup>

En otra ocasión señala las imágenes burlonas que escucha a varios dominicanos que se burlan de un haitiano que se marcha sin responder a la conversación de Martí en lengua francesa:

“¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un platanal!”.  
—“Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo”.

Creador constante de neologismos, admirador de las voces nuevas que se formaban en nuestra América, el Apóstol incorpora dominicanismos, cuyos significados se aclaran por

9. Desgoznada, sin gozne, o sea, que la mujer camina como una puerta o ventana suelta.

10. José Martí. *Diarios de campaña...*, p. 26.

11. *Ibidem*.

12. *Ibidem*, p. 28.



el contexto, como cuando en un ventorro —aprécieese esta manera martiana de referirse a una pequeña y pobre venta o posada en el camino— se apea junto a sus acompañantes para tomar “el cafecito, y un amargo”, nombrando así a un licor de ingredientes amargos usado como aperitivo y depurativo.

Otro ejemplo es cuando reproduce las explicaciones de una familia criadora de gallos de pelea, lo cual se convierte al mismo tiempo en una clase acerca de ese tema, importante para esa afición propia de los campos antillanos. La mujer, mientras pilaba arroz, exclama:

“Ese gallo, cuidado, que no lo dejen comer arroz, que lo afloja mucho”.

Y continúa el apunte con Manuelito, el gallero, que “tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los ‘solean’ —he ahí esta voz propia de galleros— para que ‘sepan de calor’, para que ‘no se ahoguen en la pelea, para que se maduren’: ‘ya sabiendo de calor, aunque corra, no le hace’. ‘Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo, la carne de vaca’. ‘El agua que se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuidado del gallo, es ponerlo a juchar<sup>13</sup> y que esté donde escarbe: y así no hay gallo que se tulla’ ”.<sup>14</sup>

Como pocas veces hace en sus crónicas para la prensa, varias veces Martí quiere reproducir la peculiar forma del habla dominicana, que no se atiene a la norma gramatical.

13. Dominicanismo por huchear, lavar el gallo con aguardiente. El subrayado está en el manuscrito. José Martí. *Diarios de campaña...*, Nota 6, p. 83.

14. *Ibidem*, p. 82.





Cuando para en la casa de Nené, una mujer a la que llama madraza, el Apóstol pone en su boca la frase amable al sentarse ella a la mesa:

“Utedes me dispensen; pero toito ei día e stao en ei conuco, jalando ei machete”.<sup>15</sup>

También emplea ese recurso al reproducir las palabras del al parecer autodenominado general Corona, las que copia in extenso porque esta persona le da su visión del mundo, una filosofía de la vida con seguridad muy extendida entonces por el ámbito de nuestra América.

Veamos algunos fragmentos de las palabras de Corona.

“Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres”. Y con su ‘dimpués’ y su ‘inorancia’ va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón ‘sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo’ es el saber que ‘en un conuco de por ahí estai un eimano por quien uno puede dai la vida’. ‘Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas.’ Él quiere ‘decencia en el hombre’, y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, ‘a quien le quiere prohibir ei pensar’. ‘¿Yo ni comandante de aimas quiero ser, ni interventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece ei gobierno, pa procuraime mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceité el empleo’ ”.<sup>16</sup>

Los criterios de este general Corona acerca de la política obviamente impresionaron a Martí, quien seguramente

15. José Martí. *Diarios de campaña...*, p. 40.

16. *Ibidem*, pp. 118 y 122.



concordó con más de uno de ellos, tanto por su concepto como por las atrevidas imágenes brotadas de manera espontánea a su interlocutor, que despiertan su admiración de cultor de la lengua. Agrega Corona:

“Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me le voy andando ai rifle, y ya no quiero má cuhillo ni tenedor. Poique yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política é como un debé de dinidá”.<sup>17</sup>

También se explaya la pluma martiana cuando cerca de La Reforma visita la casa de Jesús Domínguez, amigo de Máximo Gómez y casado con una prima de la esposa de aquel, Bernada Toro, Manana. A todas luces, para Martí, las ideas de Domínguez expresaban la filosofía del hombre natural de nuestra América:

“Don Jesús viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, ‘que da mucha briega’, y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere ‘que los hijos sean como él, que ha sido rico y que luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da; porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella,—pero a él la tierra le da ‘el oro jecho, y el peso jecho’. Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el

17. José Martí. *Diarios de campaña...*, p. 124.



remedio, que es un limón o dos, que se le esprime y frota bien en las uñas a la mula, —y sigue andando”.<sup>18</sup>

La orgullosa filosofía del trabajo por sí mismo de este campesino algo acomodado —como indica Martí el decir “su buena casa”—, tuvo seguramente grata acogida en el Apóstol, como parecen demostrar la varias hojas manuscritas que emplea en hablar de él y de sus ideas.

El carácter y los valores de los dominicanos y de la sociedad dominicana de entonces aflora a veces en el *Diario*, como cuando reproduce las palabras de Jacinto Domínguez, dueño de una tienda en el pueblo de Guayubín, y quizás por eso referido siempre en el texto como don Jacinto. Al parecer imposibilitado de moverse, esta persona narra una traición a la amistad y al matrimonio, y su terrible venganza ante la afrenta sufrida. Obsérvese la economía de medios de Martí al escribir el relato, ejemplo que, junto a otros, demuestra su extraordinaria capacidad para la síntesis narrativa, que nos entrega este relato en sólo cuatro líneas:

“Fue prohombre, y general de fuego: dejó en una huída confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. ‘¡Y a ti, adiós!: no te mato, porque eres mujer’”.<sup>19</sup>

Las costumbres no escaparon a la acuciosa mirada martiana. Veamos cómo describe una fiesta carnavalesca en el Centro de Recreo, una sociedad de gente más o menos acomodada en Santiago de los Caballeros:

18. José Martí. *Diarios de campaña...*, pp. 46 y 48.

19. *Ibidem*, pp. 32 y 34.



“Me recibe la charanga con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta. Los ‘mamarrachos’ entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval:— sale la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones”.<sup>20</sup>

Alimentos y bebidas son descritos varias veces. Un almuerzo en una casa en el poblado de Peña lleva arroz blanco, pollo con llerén, boniato y auyama —voz que escribe con ll— y café endulzado con miel de abejas. Y en casa de Don Jesús le sirven pollo y frijoles, arroz y viandas, queso “del Norte” y chocolate. Ya vimos arriba cómo en un ventorro tomó cafecito y un amargo.

Con su maestría literaria habitual, Martí describe a las personas que trata, delinea su fisonomía y sus ropas, que también revelan sus personalidades y sus rangos sociales: quiere atrapar así la persona presentada, las individualidades. El general Candelario Lozano lo recibe así: “melenudo y zancón” [...] no lleva medias, y los zapatos son de baqueta”.<sup>21</sup>

El matrimonio de campesinos presumidos cuya hija el padre considera mal casada con el “musié de letras inútiles” son recogidos de este modo: Ella:

“una señorona de campo, de sortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro; él: “de sombrero de manaca y zapatos de cuero”.

El retrato de don Jacinto es imponente en su triste situación física:

20. José Martí. *Diarios de campaña...*, pp. 70 y 72.

21. *Ibidem*, p. 54.



“A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las oreja duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches: el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto”.

Este hombre muestra en sí toda una época de violencia, de peleas armadas entre caudillos, que parecía en aquel cierre del siglo XIX llegar a su fin.

El atractivo de la mujer suelta la mirada y la pluma martianas. Las hijas de Jesús Domínguez, don Jesús, son descritas en detalle y con gusto de esta manera:

“una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, el paraguas de seda, y al pelo una flor: —y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciséis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa”.<sup>22</sup>

En una tienda de Guayubín halla al dueño puertorriqueño acompañado de

“su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes, la que se nos acercó al estribo, y nos dio un tabaco”.<sup>23</sup>

Son estas, pues, muestras de la penetrante observación martiana sobre la sociedad dominicana y sus gentes, en que se aprecia el amor por esta tierra que también fue suya y por este

22. José Martí. *Diarios de campaña...*, p. 44.

23. *Ibidem*, pp. 52 y 54.



CLÍO, año 84, no. 189. Enero-junio de 2015.

pueblo, al que conoció y dedicó indudables amor y respeto, como el suyo propio, pues hizo suyas las frases de Máximo Gómez frente a los campesinos dominicanos: “Para estos trabajo yo”.

## Bibliografía

Álvarez Álvarez, Luis y García Yero, Olga. *Visión martiana de la cultura*. Camagüey, Editorial Acana, 2008.

Martí, José. *Obras Completas*, 27 tomos. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, tomo 4.

Martí, José. *Diarios de campaña*. La Haba, Edición crítica. La Habana, Instituto Martiano.

